Javier

David Gallego

Capítulo 1

Javier
Javier se subió el cierre del sobretodo reglamentario, parte del uniforme de invierno. Afuera el frío golpeaba con fuerza y resentía los pulmones al respirar. Salió al playón a tirar en el tacho la copa de polietileno donde había estado tomando un café, más para calentarse que para hacerle frente a las horas inhóspitas de la madrugada.
El pueblo estaba a dos kilómetros de la estación de servicio y la ruta casi no veía viajeros de día, mucho menos a esas horas mudas. Cada playero cubría turnos de 9 horas corridas, alternando con otros dos empleados. Hoy la guardia nocturna le tocaba a él. Miró desde la vereda de cemento a las bombas de combustible, quietas allí como dos centinelas, las luces de los medidores digitales les conferían un aspecto casi sobrenatural por sobre el palyón pobremente iluminado. Quizás por el aburrimiento, el sueño que quería filtrarse o tal vez porque el frío invitaba a la demencia, creyó que de mirarlas demasiado le hablarían. O peor aún, dejarían su puesto arrancándose del suelo para dar cacería a su solitaria presencia.
Sacó la caja de puchos y golpeándola en la palma se dirigió a los baños para sus 5 minutos obligatorios de vicio sin culpa, de escape a la nada de afuera. Revisó antes que ningún vehículo se acercara por ninguna dirección y entró.
Entre pitadas escuchaba al viento darle empujones bruscos al cartel colgante sobre el minishop, las cadenas chirriaban por el óxido y el pesado cartel de acero se quejaba también con ellas. Por estar en medio de un área desmontada, el viento era particularmente fuerte y libre de correr con todo rigor. El baño mismo, entre húmedo y poco acogedor, era una heladera que aullaba por las ventillas de vidrios rotos. Dio la pitada final y arrojó la colilla al inodoro mientras soplaba el humo por la boca y apretaba el botón. Se lavó las manos y salió.
Caminando de vuelta a la oficina de dos por dos, justo antes de llegar a la cálida seguridad de la estufa, vio acercarse un vehículo. Sin luces. Delatado sólo por la luz tenue de la estación, una camioneta Ford F100, extrañamente silenciosa. Crujía el ripio bajo las ruedas mientras se aproximaba a las bombas pero eso era todo, ni motor rugiendo ni metal rebotando con la irregularidad del terreno, cabina oscurecida aunque los cristales no estaban tintados. Javier se dirigió aliviado a atender, aliviado de ver un alma por aquellas horas en ése lugar olvidado, en ése pueblito casi desértico.
Las luces del playón parpadearon haciéndolo pensar en si la luz se iría otra vez, como solía ocurrir cuando el clima se mostraba inclemente como en ésa noche. Mientras avanzaba al surtidor donde la camioneta había estacionado, oyó la puerta de la chata abrirse y cerrar sin ver a nadie descender. Ya a unos pocos metros escuchó al fin los pasos del conductor, alejándose en dirección opuesta, caminando a paso lento hacia la ruta.
- Tenemos baño atrás, jefe… - aventuró el empleado, quizás movido por las ganas de iniciar conversación con otro ser humano y no tanto por la

asunción de que tal vez, quien fuera esa persona, se dirigiera a orinar en la oscuridad. Como fuera, no obtuvo respuesta. Tomó la manguera y cuando dispuso a retirar la tapa del tanque escucho la camioneta crujir el metal como si estuviese siendo compactada. Los cristales estallaron y volaron en todas direcciones, impactando en la cara descubierta del desprevenido playero, produciéndole cortes, incrustándose en su pómulo izquierdo y provicando que perdiera el equilibrio, cayendo sobre sus espaldas.
Un alarido grave e intenso provino desde la ruta y la camioneta comenzó a desmantelarse, pieza por pieza, ante los aterrados ojos del playero que yacía en el suelo y retrocedía arrastrándose de espaldas, fijado en el evento inexplicable ante sí. De pronto un destello amarillo brotó desde la Ford al tiempo que el alarido se detuvo y fuego envolvió el esqueleto de la camioneta y los restos desarmados. Fue entonces que movido por el instinto de preservación cortó el estupor con descarga de adrenalina. Corrió a la columna junto a los surtidores y tomó el matafuegos y corrió de vuelta en dirección a la camioneta mientras jalaba del seguro. Al levantar la vista, nada, la camioneta no estaba. Ni sus restos, el suelo sin perturbar y el aire en silencio.
El viento cortó su flagelo y el frío se hizo denso. Se acercó a los surtidores, no había siquiera el hollín de un fuego. Entonces le llegó como agujas en la piel, se sintió observado, fijando los ojos en la oscuridad sobre la cinta asfáltica justo en el momento en que un claro abría en la cúpula gris que cubría el cielo y filtró luz de luna llena que delineó la silueta de un hombre parado en medio, figura opaca, como una sombra corpórea, observando en dirección a la estación. Observándolo a él... Permaneció allí por unos instantes hasta que las nubes cubrieron otra vez y la luz de luna apagó, cortando el trance hipnótico.
Petrificado unos minutos por miedo, aún tratando de explicarse lo sucedido, forzó su humanidad a entrar en razón y volver a la oficina. Cerró la puerta tras de sí y se sentó en la silla junto a la estufa, buscando asilo entre las paredes y protección de lo que fuera que hubiese allí. En la noche. Lentamente el cuerpo calentó y la calma le sobrevino. El frio afuera seguía su azote y el viento retomó su hostilidad. El frio era demencial, invitaba a la locura.
Fin.